

Relaciones y Documentos

del

Congreso Mariano
Femenino

Celebrado en Santiago de Chile, en Julio de 1918,

para conmemorar el

Centenario de la Proclamación de la Virgen del Carmen

como Patrona Jurada de la República y de su ejército.



SANTIAGO DE CHILE

ESCUELA TIP. "LA GRATITUD NACIONAL"

—
1918

IV.

Para restablecer y conservar la verdadera devoción a la Virgen del Carmen convendría restablecer aquellas prácticas que aconsejaba y pedía el Senado Chileno en 1818.

Hacer que en las escuelas católicas se recen diariamente las Letanías al terminar las clases y agregando el atributo de *Reina del Carmelo, ruega por nosotros*; y en los días Miércoles el Rosario, pidiendo por Chile y sus gobernantes la fe de los primeros Padres de la Patria.

Convendría que los sacerdotes, en especial los misioneros, predicaran mucho al pueblo esa devoción, en lenguaje sencillo y práctico. Que en cada misión se predique un sermón dando a conocer los grandes favores que la Virgen del Carmen dispensa a sus devotos y la protección especial que Chile ha recibido de su celestial Patrona. Distribuir en cada misión escapularios no sólo por centenares, sino por millares; expresando las promesas y gracias que le están vinculadas. El santo escapulario es un escudo invulnerable y lo deben llevar los cristianos de todas edades y condiciones y en especial el chileno lo debe ostentar en su pecho como emblema invencible de victoria. Lo llevaba Arturo Prat en el combate de Iquique.

El escapulario debía ser para los chilenos como las cruces encarnadas que llevaron los Cruzados de la Edad Media, que iban a la conquista de Tierra Santa.

Nos dará valor contra el respeto humano y nos librerá de los peligros sociales.

La Santísima Virgen del Carmen como Patrona del Ejército

Esmeralda Zenteno de León.

Desde el día en que los primeros soldados chilenos, aquellos que lucharon por darnos libertad, proclamaron a la Santísima Virgen del Carmen patrona del Ejército y le juraron amor y fidelidad, su predilección por nuestra Patria no ha cesado de manifestarse.

Bajo su maternal protección se rompieron los eslabones que nos ligaron con España, trocando esas cadenas en guirnaldas de

laureles y más tarde cuando vientos de odio desencadenaron en nuestra frontera norte la tempestad de una guerra, las madres al despedir a sus hijos diciéndoles como las antiguas romanas, «vuelve con el escudo o sobre él», prendían en sus pechos el santo escapulario del Carmelo como un talismán que habría de sostenerlos en esa marcha titánica al través del desierto, cuando iluminados por la estrella solitaria, esa estrella en que fulgura toda el alma de la Patria, llevaban de victoria en victoria la querida, la idolatrada bandera tricolor.

Grandes han sido los triunfos del Ejército chileno y todos ellos están íntimamente ligados a la Santísima Virgen del Carmen como si fueran diamantes desprendidos de su corona para enriquecernos; por eso las tropas escoltan su imagen querida cuando la procesión tradicional recorre las calles de la ciudad y casi no hay una habitación de soldado, por humilde que sea, donde no se ostente su estampa adornada de una banderita tricolor.

Pero... a esto se reduce el culto que el Ejército rinde a su patrona.

En cambio es muy frecuente encontrar entre sus filas a individuos que han formado familia y viven fuera de la iglesia, que no bautizan a sus hijos oportunamente y que no cumplen con ninguno de los preceptos que ordena la Ley de Dios.

Hoy día en que el celo apostólico de las damas chilenas ha formado asociaciones con el fin de levantar el nivel moral y proteger a las clases obreras y difundir el conocimiento de la religión, hoy que comisiones de Señoras visitan los conventillos, los talleres, las escuelas, las cárceles, los hospitales, y se reparten por los barrios más lejanos de la ciudad, llevando en alto la antorcha luminosa de la fe; hoy que existen sociedades para proteger hasta los animales y los árboles, no hay ninguna que se preocupe del soldado.

Sin embargo, hay allí un campo vastísimo, terreno fértil donde sólo falta arrojar la semilla y donde, por desgracia, los sembradores del Evangelio están en número tan reducido que su acción no puede ser muy extensa.

Todos los años la conscripción llena los cuarteles; son miles los muchachos que de todas jerarquías y condiciones vienen a ofrendar a la Patria las primicias de su juventud en flor; allí a parte de la educación militar aprenden los rudimentos de la instrucción primaria, se les inculcan hábitos de higiene y de orden y se inspiran en ideas de moralidad y de cultura por medio de conferencias; pero el reglamento no va más allá; la disciplina se queda tras la puerta del Cuartel; afuera acechan al soldado la cantina, el garito, el prostíbulo y las mil tentaciones que lo alejan del hogar y sus deberes.

Llevo veinte años de vida militar y es infinito el número de mujeres llorosas, madres o esposas de soldados que he visto venir con la eterna queja «todo el sueldo se lo bebió o lo jugó el

día de pago, el casero apremia por arrendamiento de la pieza, los niños no tienen zapatos con que ir a la escuela, lo que ella gana con el lavado apenas alcanza para comer y mientras tanto el muy pícaro se pavonea luciendo el airoso uniforme, enamora a las muchachas del barrio y la pasa de soltero».

Los conscriptos que vienen de provincias, algunos de pueblecitos perdidos en la cordillera o en las selvas del Sur, son niños ingenuos, sencillos, sus almas puras que han vivido en contacto sólo con la naturaleza, no ha sido empañada por ese vaho asfixiante de las grandes ciudades y al quitarse la manta para vestir la casaca, se encuentran rodeados de amigos que se ríen de sus ingenuidades y se complacen en instruirlos en la escuela de los vicios; la mamita está tan lejos y como no sabe escribir no puede proteger al niño con sus consejos; fuera del Cuartel no tiene quien vele por él y su inocencia, su virtud y muchas veces su salud, naufragan en el mar tumultuoso de las pasiones que despiertan de repente.

Yo querría que de este Congreso celebrado en honor de la Patrona del Ejército quedara para éste algún beneficio práctico y fuera la fundación de una Liga de Señoras madres, esposas, hermanas e hijas de militares que bajo la protección y en nombre de la Santísima Virgen del Carmen, y bajo la dirección de Monseñor Edwards, el Obispo Militar que tantos afectos tiene en el Ejército, tuviera por objeto mejorar la condición del soldado fuera del cuartel, apartándolo del vicio y atrayéndolo al hogar, inculcándole sentimientos religiosos e inspirándolo en la devoción a la Santísima Virgen del Carmelo; procurándole entretenimientos honestos e instructivos, visitándoles su hogar para imponerse de las necesidades espirituales y algunas veces materiales que es preciso subsanar, tocando en fin el corazón de esas gentes con esa varilla mágica que se llama cariño, y por ese medio hacer que reine en sus almas el amor de Dios.

El Ejército es la base en que descansa la grandeza de una nación; el nuestro es disciplinado, valeroso y fuerte; procuremos también que sea piadoso como lo fueron sus primeros organizadores y como ellos profese una devoción ardiente a su celestial Patrona.
